

PECADOS SECRETOS

Marcelo pertenecía a una tribu de indios que vivían en las altas cordilleras de los Andes de Sudamérica. El pueblo al que pertenecía no conocía a Jesús. A menudo celebraban fiestas religiosas donde bebían y peleaban. A Marcelo le agradaba asistir a esas reuniones paganas. Bebía y peleaba más que cualquiera de los otros.

A menudo tomaba cosas que no le pertenecían. Cuando se le preguntaba acerca de esas cosas, negaba haberlas visto.

Un día llegaron a ese lugar algunos misioneros que celebraron reuniones. Marcelo oyó acerca de esto, y decidió asistir. Escuchó atentamente cada palabra que los misioneros hablaban.

¡Qué cosas extrañas estaban enseñando esos hombres! Marcelo no había oído jamás acerca de Jesús y de su gran amor. Pero ¿amaría Jesús también a un muchacho indígena?

Mientras escuchaba a los misioneros, el corazón de Marcelo se transformó. Ya no tuvo deseos de beber ni de pelear. Tampoco tuvo deseos de robar. “Yo quiero ser cristiano”, pensó, pero no lo dijo a nadie.

En cada reunión a la que asistía, se tomaba una ofrenda. Marcelo deseaba dar algo, pero no tenía dinero. ¿Tendría que robar? ¡No! Eso no era correcto. Así que el muchacho indígena prometió un sol (un peso peruano) porque estaba seguro de que podría ganar ese dinero y pagarlo más tarde.

Pasó el tiempo. A Marcelo no se lo vio más en la reunión. Los misioneros se preguntaban qué habría ocurrido con él. Pero un día regresó a las reuniones. “Yo quiero trabajar para Jesús”, dijo. ¡Cuán agradablemente sorprendidos quedaron los misioneros!

Durante el verano, Marcelo estudió mucho. Decidió ir a enseñar en una de las misiones. Los misioneros se alegraron de tenerlo con ellos porque a menudo no entendían el lenguaje de los nativos.

Después de un año, dijeron a Marcelo que sería mejor que regresara a la escuela. De ese modo se prepararía mejor para ser un buen maestro.

“¡Ir a la escuela! —Exclamó Marcelo—. ¿Cómo supieron ustedes que yo quería ir? No hay nada que desee tanto como eso”.

Así que el joven indio fue a la escuela nuevamente. Todos estaban contentos con él, porque era muy simpático. A medida que pasaban los días, Marcelo trabajaba con los misioneros y aprendía más y más acerca de Jesús y su gran amor.

Cierto día, iba a participar en una reunión especial. Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que no podía hacerlo. Entonces fue a ver al misionero y le dijo: “Yo no estoy listo para tomar parte en las reuniones. Hay pecados en mi vida que nunca he arreglado”.

El misionero le preguntó: “¿No quieres hablarme acerca de esos pecados secretos?”

El joven indígena, sin contestar, continuó diciendo: “Los he confesado a Dios y le he pedido perdón hace mucho tiempo, pero quiero hacer más que eso”.

El misionero no entendía aún. Así que preguntó: “¿Qué más deseas hacer?”

El joven indígena contestó: “Hace mucho tiempo prometí un sol y nunca lo pagué. Quiero pagarlo, porque Dios sabe que lo prometí”.

Antes de que el misionero pudiera decir una palabra, Marcelo continuó: “Pero hay algo más, más que esto. Cuando yo estaba en una de las misiones, robé unas tablas y nunca las pagué”.

El misionero sonrió y empezó a hablar, pero Marcelo le interrumpió: “¿Cómo puedo arreglar estos pecados?”

El bondadoso misionero contestó: “Tú puedes pagar el sol que prometiste, y también puedes pagar a la escuela el precio de las tablas”.

“¡Oh, qué feliz me sentiré de hacerlo!” exclamó el muchacho.

Entonces Marcelo asistió a las reuniones y tomó parte en ellas, porque sabía que podía arreglar sus pecados secretos. Por primera vez en su vida, se sentía realmente feliz.